

## EL ACERVO DE LA HERENCIA

**E**n el moderno derecho civil todas las herencias se transmiten “a beneficio de inventario”.

Quiere esto decir en términos comunes, que ni el heredero debe esperar recoger todo el activo, desentendiéndose de las deudas, ni los acreedores pueden pretender que el heredero les pague de su peculio propio en caso de que no alcancen los bienes de la herencia. O en otros términos: que el heredero se hace cargo de la herencia hasta donde ésta alcance y que realmente no hereda más que el capital líquido.

En política no pasa lo mismo. En política, el que pretende y recibe el gobierno de un país —a lo cual, por supuesto, nadie lo obliga—, lo toma con todos sus inconvenientes y quiebras; y desde el momento en que se hace cargo de la situación, cualesquiera que sean los antecedentes y las causas de ésta, y como quiera que esté cuando la reciba, suya es la responsabilidad. Por supuesto que me refiero a la responsabilidad política e histórica, no a la administrativa, que queda siendo de los que hayan administrado.

En la actual sucesión presidencial ha habido ciertas peculiaridades ocasionadas por el carácter de cada uno de los tres candidatos que esperaban o pretendían la herencia.

Carranza habría querido dejar la situación a algún candidato que hubiera querido tomarla “en pie y andando” y que quisiera comprometerse a seguir manejándola conforme a los mismos principios aceptados por él como buenos y ya experimentados. Los hombres podrían ser distintos.

González dio un programa de gobierno que nadie leyó, y que aunque alguien hubiese leído, no lo habría entendido, según el cual él cambiaría esto o aquello. Se entiende que gobernaría con los pablistas que estuvieran dentro del gobierno.

Obregón, desde el comienzo de su campaña presidencial, dijo claro que él quería “banco y baraja”, que todo lo hecho por Carranza era malo y que todos los colaboradores de Carranza —en particular el Ejército— eran peores; que él no daría programa de gobierno ninguno —¿para qué?— y que se reservaba gobernar como le diera la gana y “conforme sus antecedentes”. En suma, que quería la situación “limpia de polvo y paja”, sin precedentes, sin deudas, sin lastre y, sobre todo, sin compromisos políticos para él.

La base pues de la campaña presidencial obregonista era no el recibir una herencia o una fortuna, “en pie”, sino sólo que su antecesor se hiciera a un lado para dejarlo dueño de la situación. La forma prematura, irregular y trágica en que acabó el gobierno del señor Carranza fue propicia para los deseos de Obregón, el cual recibe el poder y la situación casi como estaba en el último instante del gobierno de Carranza, con sólo el demérito consiguiente a la forma violenta en que fue arrebatado de manos de éste.

Una vez retirados del campo Bonillas y González, el uno por la fuerza y el otro “por puro patriotismo”, y no siendo ya necesarias las elecciones para saber quién será el sucesor, podemos ya tomar a Obregón como único responsable de la situación que está por venir, y como único dueño del acervo hereditario.

(Nota. Al hablar de Obregón y dar por hecho que ya es el heredero y que nadie podrá disputarle la futura presidencia

de la República, lo hago así, no porque crea yo que sus derechos son indiscutibles, sino porque de hecho no es posible que tenga competidor electoral, ni es probable que nadie pueda arrebatárle el poder. Pero si por torpezas suyas o por imprudencias de sus partidarios, o por cualquiera otro motivo no llegare a la presidencia, no por eso dejará de ser el responsable de la herencia de Carranza, pues de todos modos, como autor del movimiento militar que derrocó al finado presidente, él es el obligado a conservar la herencia o a responder de ella, aunque no la recoja. Y si algo se perdió o se destruyó a causa de los procedimientos pretorianos seguidos para cambiar el gobierno, es de la responsabilidad de Obregón.)

Y que no se me diga que la “revolución” de Agua Prieta la hizo Calles o Fito y que Obregón no más se adhirió al movimiento, pues todos sabemos que política e históricamente el autor de ese movimiento fue Obregón, y los otros no fueron más que sus lugartenientes. Ni tampoco se me quiera decir que fue el Congreso el que escogió el albacea de esta sucesión presidencial, pues todo el mundo sabe que Obregón, como único heredero fue quien lo designó, y que, como pasa en los juicios hereditarios, el juez se limita a discernir el cargo y a tomar la protesta de ley.

Por lo tanto, lo que se pierda, destruya o inutilice del causal de la herencia por ineptitud administrativa del albacea, o porque se prolongue demasiado el albaceazgo, es de la responsabilidad del heredero único que designó a aquel.

Por fortuna, como antes digo, la herencia está casi intacta y poco fue lo que se perdió durante la lucha, pues ésta se limitó a derrocar y matar al presidente de la República, dejando íntegro casi todo el gobierno.

Lo que había de más valor entre lo que se perdió, el principio del respeto a la voluntad del pueblo y de la transmisión pacífica del poder, eso no estaba inventariado ni puede recobrase. Pero ese principio es más bien de un valor histórico y social para el futuro de México, y hasta cierto punto ni siquiera

puede decirse que estuviera ya conquistado, ni es Obregón el único responsable de su pérdida, sino todo el Ejército, inclusive don Pablo González.

Pasando, pues, a hacer el inventario diremos que Carranza dejaba: un ejército, una hacienda y un prestigio internacional.

## UN EJÉRCITO

Se encuentra intacto, pues casi no hubo combates en que se gastaran hombres, ni armas, ni parque, o lo que se gastó fue relativamente poco en comparación de lo que queda.

El Ejército de Carranza, íntegro, hasta con su misma “organización”, ahí está. Los hombres que ahora apoyan al nuevo gobierno son los mismos, pues el movimiento militar que derrocó a Carranza no necesitó reclutar soldados para pelear, sino que se limitó a voltear los del mismo Carranza contra él. El pueblo, la masa de ciudadanos, ese pueblo que hace las verdaderas revoluciones, no tomó parte en esta lucha, ni engrosó las filas del Ejército para ayudar a derrocar y matar a Carranza. Si eran cincuenta mil los soldados de que se componía, esos mismos son los que ahora existen: los treinta mil que desfilaron el otro día por las calles de la capital como demostración de fuerza del nuevo gobierno, y los veinte mil que deben andar por ahí regados en las guarniciones foráneas.

En su afán por adular, no faltará quien diga que el actual encargado del Poder Ejecutivo en el ramo de Guerra ha hecho crecer el efectivo de ese Ejército. Pero eso ni es cierto, ni aunque lo fuera diría nada en favor de los nuevos hombres, pues no deben contarse como aumento al Ejército los ultimoristas ya clásicos en la historia de nuestras revueltas, ni las plazas supuestas que traigan en sus papeletas los cabecillas incorporados. En cuanto se asiente un poco el agua, y con una buena administración militar —como la que tenemos prometida— ya se reducirá el Ejército a sus verdaderos límites y quedará del tamaño que era antes de la “protesta democrática militar”.

Tampoco deben contarse como aumento al Ejército las chusmas rebeldes incorporadas también a última hora, porque no pueden llamarse Ejército más que para los efectos de mandarse hacer vestuario y pedir haberes, pero de ellas no podrá disponerse, ni mucho menos será posible organizarlas. Por el contrario, constituyen un agregado peligroso que mermará considerablemente la fuerza del Ejército. No es que se quiera “malhorearles el triunfo”, ni agriarles la decantada y por ahora dulce conserva de la “unión de todos los mexicanos honrados, conscientes y patriotas”, de que nos hablan en todos sus brindis los Peláez y los Meijueiros y los de las Oes, pero ya más adelante se verá —y ojalá sea a tiempo—, que el principal y primer problema militar con que va a tener que habérselas Obregón, será el felicismo, que disfrazado en las huastecas de peleacismo, y en Oaxaca de meijueirismo, y en otras partes de zapatismo caciquista, surgirá con mayores pretensiones, como que de hecho en estos momentos se encuentra ya adueñado de casi todo el sureste de la República, desde Morelos hasta Chiapas.

La situación militar que se le presenta a Obregón no es tan halagadora como se la pintan los indefectibles encabezados de las noticias militares de los periódicos. Tiene villismo, como lo tuvo Carranza. Tiene felicismo más fuerte que el que tuvo Carranza. Tiene zapatismo, como lo tuvo Carranza. Tendrá pablismo, o como se llame, de la misma clase del que tuvo siempre Carranza. Lo único que no tendrá, será carrancismo, pero tendrá en cambio, y sabe Dios para cuánto tiempo, obregonismo agudo incontrolable en el seno de su mismo partido. Véase pues que yo juzgo la situación militar que Obregón se ha creado, con más imparcialidad que sus aduladores que se empeñan en pintarla de color de rosa.

Y no hablo de la ineptitud militar del albacea para sobre llevar la situación y mantenerla hasta que la tome el heredero, porque supongo que esa parte del gobierno la maneja directamente Calles, por cuenta y riesgo de Obregón, de modo que para el caso hay un albacea especial encargado del Poder Eje-

cutivo en el ramo de Guerra, y por lo tanto está salvada la responsabilidad del albacea encargado de lo demás.

Decíamos que por lo que hace al número de soldados el Ejército es el mismo que tenía Carranza. Por lo que hace a su “organización” y calidad, ese Ejército es también el mismo. Los hombres son los mismos —casi todos— con sus mismos intereses, con sus mismos móviles, con sus mismas costumbres, con sus mismas virtudes, con sus mismos vicios, y sobre todo con el mismo defecto de organización a base de caudillaje.

Por lo tanto, debe decirse que es el mismo Ejército con idénticos problemas políticos y con idénticas dificultades para organizarlo, pagarlo y aprovisionarlo. Pues aunque el número de soldados hubiera crecido, no por eso habrían aumentado los medios para pertrecharlo, vestirlo y pagarlo.

Quedan, eso sí, las mismas armas y el mismo parque, que casi no se han gastado. Y esas armas son las que consiguió Carranza, y ese parque es el mismo que compró o fabricó Carranza. Lo gastado para derrocar al presidente fue muy poco, apenas lo necesario para ponerlo en fuga en Aljibes y para matarlo en Tlaxcalantongo. Porque las armas de Guadalupe Sánchez eran armas de las de Carranza y las balas de los soldados de Herrero eran balas de las de Carranza.

Puede pues, decirse que el armamento y parque de Carranza quedó intacto, y que es el mismo que ahora se encuentra en poder del encargado del albaceazgo en el ramo de Guerra. Debemos descontar, sin embargo, las armas y parque proporcionado a los rebeldes incorporados a última hora, porque esos son elementos restados, y cuando lleguen a necesitarse dispararán contra el gobierno en vez de emplearse en su defensa.

Quedan, sin embargo, los establecimientos fabriles militares, que malos y caros y todo, serán durante mucho tiempo la única fuente con que podrá contar Obregón para pertrecharse.

Y luego quedan los barcos, los cañones y hasta los aeroplanos, que yo considero artículos de lujo y que sólo sirven para ostentarse volando todas las mañanas de sol, y rezumbando

por encima de las azoteas de la ciudad de México. También esos los compró Carranza.

## UNA HACIENDA

No sé si en el momento en que esto escribo habrá ya encargado “en serio” de la Secretaría de Hacienda del albacea. Ni sé si el que se encargue será albacea especial encargado del Poder Ejecutivo en el ramo de Hacienda o un mayordomo nombrado por el albacea. De todas maneras es un grave error de Obregón el no tener ya en funciones a su futuro ministro de Hacienda, pues en este ramo, más que en cualquier otro, es necesario que haya una política, cualquiera que sea, y un responsable, cualquiera que sea.

Porque no es posible saber lo que quedó o lo que pueda haber quedado de la hacienda de Carranza, ni lo que pueda hacerse con ella, mientras ande de Herodes a Pilatos. ¿Qué puede hacer Alvarado en materias hacendarias cuando ya renunció y sólo espera a su sustituto? ¿Y qué pudo haber hecho Mendivil, el administrador de los bienes personales de don Pablo González, en funciones de ministro de Hacienda, cuando no lo dejaban ni abrir las cajas del dinero recogido en los Aljibes por miedo de que resultaran explosivos puestos ahí por Cabrera para hacer volar a todos? Y a todo esto, después de un mes nadie puede todavía decir cuánto se recogió en Aljibes, ni siquiera si se han abierto ya las cajas, o si fueron abiertas por qué se cerraron otra vez sin contar el dinero.

Porque el gobierno de Carranza sabía, al centavo, cuánto se embarcó de dinero en el convoy el día seis de mayo por la noche. Y sabía también al centavo cuánto se ministró por haberes, sueldos y gastos hasta el día catorce de mayo a las dos de la tarde. El ministro de Hacienda y el tesorero general y los gerentes de la Comisión Monetaria de Carranza podrán ser responsables de esos fondos hasta el momento en que fue atacado el convoy, pero ¿y después?

Por supuesto que la cuestión de a cuánto montaba el tesoro de los Aljibes no es un asunto de tanta importancia como a primera vista parecería. Lo que Carranza llevara en el convoy no era más que una parte relativamente pequeña de la Hacienda Pública. Era, como si dijéramos el dinero de bolsillo para el viaje. Si hubiera tardado tres días más en la ciudad de México o si hubiera tenido que enviar tres generales más a batir a Obregón, se habrían gastado otros tres millones de pesos, lo que no gastó en todo su viaje en una semana. El saber cuánto tenía Carranza en Aljibes y cuánto recibió don Pablo González de ese tesoro es una mera cuestión de orden en las cuentas al pasar el dinero de unas manos a otras. Le interesa principalmente al ex ministro de Hacienda de Carranza, porque cada día que pase sin saberse cuánto —pero de veras cuánto— se recogió será mayor la responsabilidad que le echen encima por la falta de un millón más como ataque político. (Por lo demás, Cabrera ya sabe a qué atenerse, pues si a Murguía, Urquizo y demás jefes militares que acompañaron a Carranza se les hace responsables de lo hecho por Herrero, nada de raro tendría que a Cabrera se le hiciera responsable de lo que se hubiera perdido después del 14 de mayo.) Pero como antes decíamos, lo que hubiera en el tren de Hacienda, no era toda la Hacienda Pública.

Carezco de datos a la mano y no podría decir en estos momentos en cifras lo que había de fondos en efectivo en todas las oficinas de Hacienda de la República, por ejemplo el día 30 de abril de 1920. Podrían ser quince, podrían ser veinte millones de pesos. El tesoro público estaba constituido por todo lo existente en la ciudad de México, en los estados y en el extranjero.

Las existencias en la ciudad de México las componían las de la Tesorería General de la Nación; las de la Comisión Monetaria; las del Correo, las del Telégrafo y las de los Ferrocarriles. De éstas fueron llevadas, al abandonar la capital todas, menos las de los Ferrocarriles, que o no pudieron ya salir o que no se sabe quién interceptó. Podrían ser en todo unos seis o



siete millones de pesos. Fuera de estas existencias de la ciudad de México, únicas que iban en el convoy, quedaban: todas las existencias en efectivo de las sucursales de la Comisión Monetaria, algunas de las cuales tenían hasta medio millón de pesos; todas las existencias en efectivo de las jefaturas de Hacienda, Aduanas y administraciones del Timbre, que en total no deben haber bajado de unos ocho o diez millones de pesos, y que no tocó Carranza; y todas las existencias en efectivo de la Agencia Financiera en Nueva York y de los consulados en el extranjero, de las cuales tampoco se tocó un solo centavo después del día seis de mayo. Tenía además el gobierno otros valores, unos de inmediata realización y otros menos realizables, pero todos bien garantizados; toda la cartera de la Comisión Monetaria en México y en sus sucursales, y un crédito contra la Comisión Reguladora de Yucatán, garantizado con los barcos de ésta, por valor de ocho millones de pesos.

Sumando y recortando para no hacer cuentas alegres y no contando más que lo efectivo puede decirse que el gobierno de Carranza tenía en caja el día 14 de mayo unos veinte millones de pesos. Esto era “la caja” del gobierno de Carranza en toda la República.

Entiéndase que cuando menciono esta suma no quiero decir que ese dinero debiera pasar íntegro a manos de los sucesores de Carranza, con solo una orden. No, había obligaciones diarias a que hacer frente por valor de más de medio millón de pesos, pero lo menciono para que se vea que aquel era un gobierno al corriente en sus necesidades hacendarías.

Las existencias de “caja” de toda empresa, aun las de un banco, no dan idea exacta de su estado financiero, ni son lo más importante de su activo. Es el nombre, la organización, el crédito, las posibilidades, la regularidad de los negocios ya encarrilados lo que más cuenta.

Pero sobre esto no puede hablarse nada, o si se quisiera decir algo, tendría que hacerse un estudio muy bien documentado.

Basta decir, como resumen del estado financiero del gobierno de Carranza: que estaba al corriente en los pagos de sus servicios públicos; que no tenía deudas por compras u otras adquisiciones de artículos, pertrechos, armas o municiones, etcétera, adquiridos en el extranjero; que tenía una existencia en efectivo, en oro, de unos veinte millones de pesos; y que tenía asegurado —nada de sueños, sino verdaderamente asegurado— un ingreso de unos 225 millones de pesos para el año de 1920, contra un presupuesto de gastos que no pasaría en ningún caso de doscientos millones.

Tal es el activo de la herencia en materias hacendarias. Habría bastado la transmisión pacífica del poder para tener segura la transmisión de ese capital íntegro y andando.

Pero ¿y las deudas?, se me preguntará. ¿Y el crédito? Las deudas, todas perfectamente conocidas, y ninguna que no haya datado de antes de la Revolución. En cuanto a la falta de crédito puede usarse como ataque contra la política financiera de Carranza que México no tuviera cuenta abierta en Wall Street. Por mi parte considero eso una ventaja; de otro modo ya estaríamos girando. Pero eso mismo dice mucho en favor de un gobierno, pues lo que quedó en la caja de la Hacienda Pública pudo dejarse no obstante y a pesar de que “no tenía crédito en el extranjero”. Y tan es cierto que no tenía crédito en el extranjero, que a la muerte de Carranza no ha quedado a deberse ni un solo centavo por concepto de compras o servicios de ese mismo gobierno fuera del país. Porque hasta el último pedido de municiones, o vestuario o maquinaria estaba pagado. Hasta los aeroplanos, esos que vuelan en las mañanas primaverales y rezumban arriba de las azoteas de la ciudad de México como demostración de la fuerza militar del actual gobierno, hasta esos habían sido ya pagados por Carranza antes de morir.

Es cierto, México tiene muchas deudas que Carranza no pudo comenzar a pagar. Pero Carranza no echó nuevas deudas sobre México.

## UN PRESTIGIO INTERNACIONAL

La materia internacional fue ya ampliamente tratada en el capítulo de la obra de Carranza como estadista, por lo cual es innecesario hacer inventario especial de este ramo ni podría hacerse, pues no pueden catalogarse ni valuarse el honor, ni el respeto ni el prestigio de que gozamos, ni hacerse tangible el esfuerzo desplegado por Carranza para conquistarnos un lugar y un nombre entre las naciones de este continente.

Hasta la caída del general Díaz, México no tenía ningún lugar en los círculos sociales internacionales. Creíamos tenerlo. Éramos una familia advenediza y rastacueros que pegados a Estados Unidos, queríamos colar entre los parientes ricos y aristocráticos de nuestros primos. Por esta manía de esnobismo sufríamos las vejaciones y exacciones del imperialismo europeo, y las humillaciones y espoliaciones del imperialismo yanqui. Bajo Carranza, México se resignó a ser pobre y a reconocer la humildad de su origen, y volvió a los suyos: a la madre España y a sus hermanas Latinas de América; y en esta familia internacional ya tenemos un lugar bien definido, pero que no es usurpado. De paso nos hemos emancipado de la tutela internacional de Estados Unidos, y dígame lo que se quiera vamos conquistando un principio de respeto del pueblo americano, que conociendo ahora nuestros defectos, aprecia también nuestras cualidades, y que comenzando por respetar nuestro modo de ser altivo y puntilloso, acabará por respetar sinceramente nuestra independencia.

Cuando hasta este rincón donde escribo me llegan los periódicos, único lazo de unión que conservo con el mundo oficial, al verlos siempre llenos de noticias de origen ministerial, los leo, sonrío y digo: “eso lo hizo Carranza”, o bien: “eso no lo habría hecho Carranza”.

Que el Departamento de Estado de Washington se apresure a desautorizar las estúpidas insinuaciones de Fall; que la Convención Republicana de Chicago exprese la retórica para no adoptar, en palabras, una plataforma demasiado ofensiva

para México; que la Cruz Roja Americana, ahora ya sin pretensiones de entrometimientos políticos nos quiere ayudar en la campaña contra la peste; que todo en fin nos muestra buena voluntad de parte del pueblo americano que desea parecernos grato.

Unos creerán que es porque los nuevos hombres son menos mal vistos que Carranza; pero yo digo: eso no es más que fruto de la política de independencia de Carranza.

¿Que Urueta va como ministro a la Argentina, donde espera ser tan bien recibido como el inolvidable Nervo; que González Martínez va a Chile; que pronto enviará su representante Brasil; que nuestras relaciones con la América del Sur son realmente cordiales, efectivas y sinceras; que nuestra legación en España será elevada a la categoría de Embajada, afirmando así los vínculos de sangre, de raza y de lengua con la madre patria?

Yo sonrío y digo: No importa quien haga caravanas con sombrero ajeno, con tal que la patria recoja los frutos. Pero todo no es más que la *herencia de Carranza*.

